D. O. M.

Aquí descansa el ínclito Abadiano
Bajo el cielo de América nacido,
De los poetas blasón esclarecido,
Orgullo del Imperio Mexicano.
No cantó él de los míseros mortales
Los cuidados, ensueños y quimeras;
Ni cantó los guerreros y banderas
De hostil sangre teñidas en raudales.
Mas sobre las estrellas se pasea,
Al alto empireo remontando el vuelo;
Y de Dios mismo descorriendo el velo;
Sus arcanos recónditos sondea.
La Religión, Piedad, y el laureado
Coro de sus Hermanas venerables,
A su divino Poeta, inconsolables,
Aqueste monumento han dedicado.

JUICIO CRITICO DE TOMAS SERRANO VALENTINO

ACADEMICO DE LA ROVERE

Si ha habido siempre facultad para el que quiera exponer sincera y libremente su juicio y parecer, ésta yo ahora pido para mí. Pues habiéndome rogado que leyese la obra del insigne Labeo (Abad) y manifestara con toda ingenuidad lo que en ella me agradara ó disgustara, accedí á esto, no conociendo de antemano nada del Autor ni de vista ni de oídos, siéndome del todo ignorado. Así, pues, que hube tomado el libro en mis manos, no pude menos que admirar de pronto la dignidad y majestad del argumento. Pero desconfiaba de que en este nuestro siglo, aunque erudito, hubiera algun poeta competente para tan sublime y divino argumento.

Empece, no obstante, á hojear el poema con mucha atención, y leí los primeros cantos con algún recelo del feliz éxito del para mí desconocido Autor. Pero no sé de qué modo se verificaba que mientras más me avanzaba en aquella lectura redoblando mi atención, así también la suavidad, gracia y energía de esos cantos, más y más me halagaba. Hasta que por fin, insensiblemente [no adorno la verdad] me había ya todo arrebatado la admiración de aquel divino poema. ¿Para qué más palabras? Lo recorrí todo con tal ardor y avidéz, que no dejé el libro de las manos, hasta que llegué á su término. Entonces, sin que pudiera ya contenerse la expansión de mi alegría y satisfacción, tuve que compartir mis emociones con mis amigos, y levantar al Poeta hasta las estrellas, y proclamar su poema como obra maestra y acabadísima, y de suma necesidad é importancia en las presentes circunstancias tempestuosas. Se habían probado, no lo niego, ya más antes, algunos distinguidísimos poetas en este mismo terreno, tocando una parte de la materia; y aunque haya en éstos algunos borrones, con sobrada razón deben ser ellos aplaudidos. Pero ninguno otro he encontrado hasta aquí que haya sabido con tanto aplo-

mo formar el plan de todo el argumento, desarrollarlo con tanta elegancia, y ataviarlo con tan sencillas y vistosas galas, segun el asunto lo exigía. Aquí el Poeta, como quien se ha declarado en favor de las graves y religiosas musas; no mezcla nada heterogéneo, nada profano, nada incoherente; todo ahí es sagrado y divino, y derivado del Santuario de la Teología y de los ricos tesoros de las Divinas Escrituras. En suma; si la misma Piedad quisiera desplegar sus labios para hablar, opino que no serían muy diferentes sus palabras y sentencias. Ni creo será mal recibido por los lectores, si aquí yo introdujere á la Piedad hablando en aquel tenor conque, de cuando en cuando, parecía representarse ante mi vista cuando leía los eminentes cantos del Autor. Si tenga este cuadro la debida elegancia no lo sé. Pero de que así pudiera ella expresarse puedo justificarlo con el mismo libro que contiene, en mi modo de ver, un poema tan religioso, tan lleno de verdadera elegancia, y en una palabra, divino.

Estos son los versos en que pinté á la Piedad hablando en la forma siguiente:

La Piedad leyendo un día (1)
De Abad los amables cantos,
Piadosos, sencillos, pulcros
Como tambien majestuosos,
Eruditos y sublimes,
Viva miel de las pías gracias,
Halló en ellos admirada
Sus amores, sus delicias:
Y después que hubo estampado
En ellos tres dulces besos:
Vosotros en adelante,
Seréis mis amores, dijo;
Dulces, melífluos amores
Que Amor divino hacía suyos;
Muy semejantes, gemelos
De aquellos con que abrasara
El pecho de los Apóstoles
Cuando aún rudos, sencilluelos,
El mismo Amor los quería
Convertir en elocuentes
Y en piedad grandes maestros.
Dignos de ser entonados
Por los coros inmortales
Que al son de sus aureas liras
Siguen cantando al Cordero,
En las cumbres estrelladas
De la celestial Sión.
Y después, dentro su seno
Escondiéndolos ansiosa:
Nuevos, nectáreos cantares
O lo que hay más dulce y suave,
Les dice, ya desde ahora
Seréis mis ebúrneos pechos.
Felices y muy felices
Los que con piadosa mente
Y con ojuelos piadosos
Os leerán y releerán,
Abriendo su pecho fieles
A los mil dulces sabores
Con que están condimentados;
Como aquel Pueblo escogido
Que fiel á Dios no guardose,
Antes que el sol asomara,
Gustaba el maná que el cielo
Les enviaba cual rocío.
Estas cosas, y otras muchas
Dijo la Piedad leyendo
De Abad los cánticos nobles,
Piadosos, sencillos, pulcros
Como también majestuosos,
Eruditos y sublimes
Viva miel de las Pias Gracias.

(1) La composición original está escrita en falencios latinos, metro que pide cierta delicadeza y finura, que en éstos se retrata.

PRELUDIO DEL AUTOR.

Cuán árdua y ponderosa empresa sea, oh lector benigno, hablar de Dios y de las cosas divinas, lo conocieron los antiguos Filósofos, aunque, por otra parte, se formaban un concepto inadecuado de Dios. La misma inmensidad é incomprensible excelencia de la divinidad deslumbra con su resplandor la pupila del humano entendimiento, y produciendo, por consiguiente, impenetrables tinieblas, la rodea y circunda de una venerable oscuridad. Para esto, sin embargo, hemos nacido, á saber, tan sólo para conocer á nuestro Dios y esforzarnos con todos nuestros alcances, á amarlo también y tributarle nuestros homenajes. Y para que pudiéramos cumplir esta misión como es debido y en el órden y modo conveniente, Dios mismo, benignísimo, encendió un faro que nos sirviera de guía, y aun puso en nuestra mano una luminosa antorcha que consiste en los divinos libros por Él dictados. Siendo esto así ¿Qué cosa podrá haber más digna de merecer todos nuestros trabajos y desvelos, y qué empresa más alta y grandiosa, si para ella medimos nuestras fuerzas, que "encerrar una cosa en sí infinita en pocas páginas, comprendiendo en ellas el ser la verdad del sér y la causa de los séres?"

Y sin embargo, no he topado hasta aquí con alguno que haya escrito acerca de Dios y sus atributos en particular, manejando el épico estilo, de lo que yo tenía grandes deseos; por razón de que éste, por su innata gravedad y majestuosidad, me parecía enteramente adecuado para tratar las cosas divinas. *Alabad al Señor con el sonido de la trompeta: Cantadle suavemente himnos en armoniosos coros.*

Hubo muchos que escribieran en exámetros sobre el Hijo de Dios y Salvador nuestro Jesucristo. Entre éstos, por su mérito y por el sufragio de los eruditos, llevaron la palma Azio Sincero Sannazaro y Marco Jerónimo Vida, quienes lograron acercarse, lo más que fué posible, á la majestad y elegancia de los antiguos poetas latinos, y en parti-

cular, de Virgilio. No se me oculta lo que aquí y allí tacharon en ellos los modernos escrupulosos críticos, ni pretendo que sean irreprensibles. Pero sí juzgo que hombres tan eminentes, quienes por primeros trataron de sujetar las galas y elegancias de la poesía latina al servicio de la Religión, sean más bien acreedores á la gloria que á la censura, habiendo cantado al son de su lira aquellas cosas.

Que jamás en los antros del Parnaso
Se escucharon ni fueron conocidas
Por Febo, ó celebradas por sus Musas.
No había sendero alguno ni vereda;
Sólo ásperos y abruptos peñascales,
Y espesísimas zarzas y mimbreras
Todo acceso intrincadas obstruían.

No, empero, es tan grande mi arrogancia y falta de cordura, que me pudiera creer capaz de sacar de mi propio fondo cosas mejores y superar en las fuerzas de mi ingenio [cuya tenuidad me es muy conocida] á aquél par de poetas, los más nobles que educó Italia después de la restauración de las letras. Pero meditando yo y considerando en silencio [hurdiré de una vez los hilos de toda mi trama] la incomparable sublimidad y la energía del todo divina de las Santas Escrituras en su forma de dicción: tuve para mí que quien intentare tratar de las cosas divinas ciñéndose en cuanto sea posible á los divinos libros, tocaría con muy buen éxito la meta de sus trabajos, enriqueciendo su canto, no tanto con sus propios caudales, cuanto con el divino é inagotable tesoro de los Sagrados Libros. A secundar, pues, este propósito, dirigí yo todas mis fuerzas, puse en juego todos los resortes de mi mente. En lo que atañe al esmero y elegancia de la dicción [lo que sí no he podido conseguir debidamente, al menos, me he empeñado siempre] cada quien deje obrar libremente á su propio dictámen, no hay traba ninguna en mí. Mas en lo que mira á la gravedad y peso de las sentencias, habiéndolo casi todo derivado del riquísimo erario de las divinas letras, me parece tener menos porque desconfiar de mí mismo.

En esta tercera edición he hecho figurar todo aquello con que adorné la segunda, como también otros muchos aditamentos, todo lo cual me esforzé en cincelar y pulir de nuevo; y después de implorado en mi favor el dictámen de muchos eruditos, he procurado con todo empeño reformar

toda la obra por junto, repurgándola y haciéndola pasar con gran cuidado al través del finísimo tamíz de la más severa crítica. Paréceme ahora sí, haber por fin colmado mis deseos, que, según mis endebles fuerzas, eran *encerrar en la armonía métrica todos los principales dogmas*, ó, en una palabra, formar un *extracto puro y genuino de lo más noble y augusto de toda la Teología*. Esto, un tiempo consiguieron Juvencio, Prudencio, Sedulio, Nono y otros que sobresalieron aún más por santidad de vida y excelencia de doctrina, como Paulino, Dámaso, Próspero y Nazianceno: quienes se propusieron defender la Religión en el terreno de la literatura y Poesía. Mas en esta, nuestra edad, en que aquellos que se apropian el nombre de *Filósofos*, combaten la Religión con las armas de la literatura y hacen cundir por todas partes, llenos de la más grande hinchazón, un mortal y atroz veneno condimentado con todas las mieles y halagos poéticos; me ha parecido esto, no solamente muy útil, sino en cierta manera, indispensable.

Y ¿acaso al Poeta es necesaria la ficción? Yo así lo afirmo sin vacilar, si por ficción se entiende la imitación de la naturaleza, retratada con tan vivos colores, *que no parezca ya que las cosas se nos refieren; sino que se representan ante nuestra vista, hiriéndola vivamente*. De lo que se origina el nombre de *Poeta, acuñado por los Griegos*. Pero como esto es sobremanera difícil, por lo mismo, son rarísimos los poetas, aunque en todo tiempo ha habido una gran plaga de fabricantes de versos. Pues, según Horacio, *no es bastante redondear bien un verso*. Mas si por otra parte, como se cree comunmente, por *ficción* se entiende *fábula* ó alguna *invención sacada de un cerebro alambicado y torturado á capricho:* entonces yo me pongo de parte de Palingenio, que reputa á

Los que tan sólo exigen de los poetas
Quimeras y fantásticos ensueños,
Como si la verdad para ellos fuera
Manjar vedado, cosa detestable:
Falso este juicio juzgo y reprensible.
Nada mejor, creo yo, nada más dulce
Que abrazar la verdad; estas bambollas
A viejecillas quédense y á niños.
Si el poeta ha de servir á fruslerías,
Y buscar sólo espléndidas *patrañas*,
De la verdad dejando el real sendero:
¡Oh mengua! ¡oh vituperio ser poeta!

No obstante, para adular un poco á la común opinión, introduzco yo también una ficción sencillísima, semejante á las que Ovidio usa aquí y allí en sus Metamórfosis: pinto á la Poesía empapada en amargo llanto al verse cautiva y obligada á servir en profanos ministerios, indignos de su nobleza, á quien todos estos cantos están destinados como para consolarla y restituirla á su antigua grandeza.

Y en verdad, no hallo qué otro figmento pueda forjar quien pretende cantar los augustos misterios de nuestra santa Religión. Sírvanme de ejemplo, y aun de escarmiento los dos insignes poetas arriba mencionados; de los cuales, uno, halagado más de lo justo por las ridiculeces fantásticas de la Mitología, mezcla tristemente lo sagrado con lo profano. El otro, en todo el libro tercero y cuarto introduce á San José y á San Juan, explicándole á Pilatos los altísimos misterios de la Concepción, Nacimiento y Vida de Nuestro Señor Jesucristo, para libertarlo de la muerte: lo que no sé si pueda caerle en gracia á alguno de los que estiman las cosas por su justo valor. Por tal razón, escogí yo aquella ficción que no fuera á estrellarse en estos ó semejantes escollos; teniendo siempre la mira puesta, con todo cuidado y cautela, en no lastimar para nada las divinas verdades, sino adornarlas segun mis escasos recursos y dotes mentales; procurando con esto, proporcionar algun lenitivo, por decirlo así, á nuestra augusta Religión, nunca tal vez como en esta edad nuestra tan combatida con los más execrables libros, llenos de la más descarada audacia. Empleé toda la diligencia posible, en seguir las huellas de los Padres y Maestros de la latinidad, que florecieron segun la expresión de los eruditos, en los siglos de oro y plata, quienes ya hace casi treinta años, forman mis delicias.

Si á alguien pueda moverle escrúpulo alguna voz, ó la fuerza y significación que le atribuyo, ó tal ó cual construcción ó giro; le suplico ántes de todo, no falle á caso y prematuramente; en seguida me advierta del error sorprendido en evidencia: pues yo le prometo gratitud al amigo que me amoneste, y de muy buen grado, enmendaré mi yerro. Por último, te advierto, benignísimo lector, que antes de entrarte por estas páginas, fijes la atención en las erratas tipográficas que en la última se retractan.

Y esto es cuanto me pareció útil y necesario preludiar.

CANTICO A NUESTRO DIOS.

La real Poesía para ensalzar nacida
Al verdadero Dios, Rey Soberano,
Deploraba, en el llanto sumerjida,
Que á la ficción más vil y embuste vano
Era por los mortales impelida,
Con gran violencia con delirio insano;
Sierva de ministerios deshonrosos,
O de viles cuidados enojosos.

Por padre desdeñaba al grande Homero
Entre copiosas lágrimas, jurando
Que había mecido por divino fuero
Su cuna el cielo, á quien nació halagando;
Antes que el coro efímero, embustero
De sus Musas la Grecia delirando
Inventara y de Apolo el griego nombre
Acá en la tierra repitiera el hombre.

Ella afirmaba que del cielo un día
Rauda bajó sobre Moisés divino;
Cuando el Vate cantó de la bravía
Mar en la playa un himno peregrino
A Jehová vengador que el rayo envía
Quien le abrió por el mar firme camino
De Faraón burlando la pujanza,
Con inaudita indómita venganza:

Cuando el Ponto ensanchó sus fauces fieras,
Y sepultó en su seno tenebroso
Las infinitas huestes altaneras
Del Monarca, que ardiente y jactancioso,
Y nutriendo esperanzas lisonjeras,
Ya aferraba su presa cual coloso:
Mas carros y caballos al momento
Hundiéronse cual plomo, ciento á ciento.

Nacida y destinada se decía,
Tan solo á Dios para rendir honores,
Y brindarle perfumes y ambrosía;